¿POR QUÉ ES SAN JOSÉ PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL?

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=AuU7DE8GYC0

La reflexión es la siguiente: ¿por qué es San José Patrono de la Iglesia Universal? Sabéis que la carta apostólica *Patris corde* del Papa Francisco, que fue del año 2020, se promulgó con motivo del 150º aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia Universal. 150 años no es mucho tiempo. En efecto, fue un 8 de diciembre de 1870 cuando el Papa Pío IX, publicó un decreto diciendo que San José era declarado como Patrono de la Iglesia Universal. Aquel decreto se llamaba *Que mad modum Deus* —que traducido al castellano es "del mismo modo que Dios"—, *Que mad modum Deus*, en el que se proclamaba a San José Patrono de la Iglesia católica.

La fiesta de San José se celebraba muchos siglos antes, por supuesto, pero esa proclamación fue con un motivo histórico del cual yo os quisiera hablar, porque conocer la historia ayuda mucho. Voy a hacer una pequeña incursión por la historia de la iglesia para que caigamos en cuenta de dónde ha nacido la proclamación de San José como patrono. La tesis, que yo voy a intentar desarrollar —porque recordad que el título es "¿Por qué es San José Patrono de la Iglesia Universal?"—, la tesis es que a San José recurrimos cuando vemos cerca las barbas de Herodes. Porque cuando sentimos el peligro, cuando vemos que la sombra de Herodes se acerca, entonces necesitamos protección y San José estuvo allí cuando Herodes arreció, y yo creo que algo parecido nos pasa a nosotros cuando invocamos a San José como Patrono, e históricamente esto fue así. Por eso quiero hacer un pequeño recorrido por la historia.

Aconteció que el pontificado de Pío IX fue un pontificado muy probado, con una gran prueba. Fue un Papa nacido en Senigallia, al noreste de Roma. Que él fue el último de los Papas soberano del Estado pontificio. Su pontificado duró 31 años y medio, larguísimo. Posiblemente fue el pontificado más largo de toda la historia de la iglesia, quizás después de San Pedro —San Pedro tampoco sabemos con absoluta certeza en qué año murió, pero fue posiblemente el pontificado más largo de toda la historia después de San Pedro—, 31 años y medio. Y hay que decir que él tuvo una prueba muy fuerte en su vida de persecución, porque durante 1100 años —que se dice fácil, 1100 años— el Papa había sido soberano de un gran estado, los Estados Pontificios, que ocupaban casi media Italia. Y claro, eso duró desde el año 756 hasta el año 1870, en el que Pío IX tuvo que ver cómo fue derrotado. Y entonces a la Iglesia se le “robó” los Estados Vaticanos, y eso para él fue muy duro, ver que después de 1100 años, siendo el Papa, te toque ver cómo los Estados Vaticanos son derrotados, y que el Papa es exiliado, etc. tuvo que ser muy duro.

¿Cómo se explica esto? La mentalidad de aquel tiempo era que el poder temporal y el espiritual estaban muy unidos. Nosotros hoy en día tenemos una mentalidad en la que una cosa es el poder temporal y otra cosa es la autoridad espiritual, y tenemos eso dividido. Pero en aquel tiempo eso no era así y muchas veces la Iglesia, al estar unida a las cabezas del poder temporal, había acontecido lo que se llamaba el *cesaropapismo*,

es decir que eran los reyes los que imponían a los obispos, etc. Era una situación difícil en la que la Iglesia no tenía libertad, porque eran, de alguna manera, los reyes y los poderosos los que mandaban en la Iglesia. Por eso, aquello de los Estados pontificios vino bien, porque era una manera de decir: "A ver, aquí manda el Papa, no hay otros reyes extraños". Y así los Estados pontificios dieron un entorno en el que la Iglesia tenía su libertad y no estaba subyugada a otros poderes temporales. Lógicamente también habría sus problemas, porque si tú tienes unos Estados pontificios, vas a tener líos que tienes que llevarlos adelante: cómo regir al pueblo, tienes que mantener un ejército y una policía, etc., y el Papa es responsable de todo eso. Pero eso se mantuvo así durante 1100 años, con problemas.

Por ejemplo, cuando vino Napoleón después de la Revolución Francesa conquista los Estados pontificios y al Papa lo mete en la cárcel. Y, después de eso, los Estados pontificios se los anexiona Francia. Y, después de muchos líos, cuando Napoleón es derrotado, el Papa vuelve de nuevo a recuperar los Estados pontificios. Pero las ideas revolucionarias de Francia habían calado en Italia, y entonces comenzaron en Italia, por aquí, por allá, rebeliones, y comenzó una guerra en la que poco a poco los Estados pontificios fueron perdiendo territorio. Y al Papa Pío IX le tocó el momento tan duro de la historia de tener que ver cómo el rey Víctor Manuel II terminaba con los Estados pontificios, conquistaba Roma, y el Papa salía corriendo, exiliado. Además, se estaba celebrando el Concilio Vaticano I y tuvieron que interrumpir el Concilio porque venían las tropas de Víctor Manuel II. Y entonces la Iglesia perdía los Estados pontificios. Hoy en día nosotros esto lo contamos como un pasaje más de la historia, pero en aquel momento lo vivirían diciendo: "¡Madre mía, que se termina la Iglesia!", lo estarían viviendo como una prueba durísima.

Y en ese contexto es cuando el Papa, viendo esa prueba tan fuerte —el Papa se quedó como exiliado dentro del Vaticano, no salía fuera— y hubo una gran tensión, porque él insistía a todos los católicos que resistiesen, que no cediesen, aunque hubiese ganado la guerra el rey Víctor Manuel II, que no colaborasen con él, que cuando convocaba elecciones que no participasen en las elecciones. Pero claro, el Papa Pío IX se había quedado solo, exiliado, y aquello era difícil de sostener. La Providencia quiso que el rey Víctor Manuel II muriese un mes antes que Pío IX, porque claro, el Papa lo había excomulgado a Víctor Manuel II por haber hecho eso. Y Pío IX, antes de que muriese Víctor Manuel II le levantó la excomunión y permitió que recibiese los sacramentos y que muriese reconciliado con la Iglesia, y un mes después ya falleció el Papa. Y resulta que lo que parecía que era casi el fin del mundo para la Iglesia fue como decir: "Mira, pues, en medio de esta gran prueba, Dios saca adelante a su Iglesia de otra manera".

Y fue en ese momento, en esa gran prueba, cuando el Papa dijo: "¿Qué hacemos? Estamos absolutamente en manos de los enemigos", y es cuando él dijo que San José nos proteja. Y dice él: *"Y puesto que en estos tiempos tristísimos la misma Iglesia es atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimida por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del infierno, los venerables obispos de todo el orbe católico, en su nombre y en el de todos los fieles a ellos confiados, elevan preces al Sumo Pontífice para que se dignara a constituir a San José Patrono de la Iglesia".* Y al haber sido renovadas con más fuerzas estas mismas peticiones y votos durante el santo Concilio Ecuménico Vaticano, nuestro santísimo Papa Pío IX, conmovido por la luctuosa situación de estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca San José, quiso satisfacer esta gran petición y declaró Patrono de la Iglesia Católica a San José.

Es decir, que San José fue invocado en el momento de la prueba más dura que tuvo la Iglesia. No fue la única prueba en la historia de la Iglesia, porque la historia de la Iglesia, aunque en este momento también lo estemos pasando bastante mal, viene bien conocer un poco la historia y saber que ha habido muchos momentos históricos en los

que hemos estado con la soga al cuello. Eso viene muy bien saberlo para que así también uno diga: "Dios nos sacó y nos sacará de ésta".

Decía Chesterton que había habido cinco momentos en la historia de la Iglesia en los que había estado a punto de desaparecer, pero que había resucitado porque la Iglesia es discípula de Aquél que salió del sepulcro. Entonces, si Jesús salió del sepulcro, la Iglesia también sale de situaciones. Cuando, por ejemplo, San Agustín fue testigo de cuando el Imperio Romano se había hecho cristiano después de que persiguió a los cristianos, y cuando ya se había hecho cristiano, ahora venían los bárbaros y acababan con el Imperio. Y San Agustín veía cómo estaban a punto ya los bárbaros de conquistar el Imperio Romano, algunos decían: "Este es el fin del cristianismo, aquí se acaba todo". Y los bárbaros conquistaron el Imperio Romano, pero se hicieron cristianos.

Es decir, ha habido muchas situaciones en la historia en las que parecía que estábamos a punto de morir. Por ejemplo, dos emperadores del Imperio Oriental, con capital en Bizancio, Constancio II y Valente, se hicieron arrianos. Es decir, de una herejía que decía que Jesús no era Dios. Y como eran emperadores y tenían su poder sobre los obispos, los empujaron a hacerse arrianos, y de repente la Iglesia parecía que se había convertido en arriana. Hay un historiador que dice: "La Iglesia de repente se despertó arriana". Todos los obispos se sometieron al emperador. Únicamente hubo dos o tres valientes, uno de ellos llamado Atanasio, que dijeron: *"¡Pero, cómo!, Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre"*, y los exiliaron, les dieron palizas, pero aquellos dos o tres obispos salvaron a la Iglesia cuando parecía que la Iglesia había acabado sus días y se había convertido en una herejía. San Atanasio y dos más salvaron aquella situación. Y viene bien recordar también que España entera se hizo arriana, nuestra España se hizo arriana, ¿sabéis? Y fue en el año 587, con la conversión de Recaredo, cuando España se hizo católica y salió del arrianismo y se hizo católica. O sea, que hemos pasado pruebas gordísimas en la historia.

Y la Iglesia ha aprendido a invocar a San José en las grandes pruebas. Por eso digo que, en el fondo, el patrocinio de San José nace de cuando uno ve la sombra de Herodes cerca, se acuerda de San José, porque es así. San José siempre fue patrono y protector en la vida ordinaria, en el día a día. Pero ¿cuál fue el momento más fuerte de San José? Fue ese momento en que apareció el Ángel y le dijo: "Toma a María y al Niño, llévatelos a Egipto corriendo, llévatelos". Ese fue el momento en el que el patrocinio de San José brilló especialmente. El momento en que Herodes iba a matar al niño, el momento en que el maligno quiere acabar con la Iglesia. Ese Herodes matando al niño, esa imagen de Satanás que odia a la Iglesia, la odia y quiere acabar con ella, y ha habido muchos momentos históricos en los que parecía que lo conseguía, pero San José ha cumplido su cometido de ser protector, de ser custodio.

Tenemos que entender el motivo último por el que la Iglesia recurre a San José como gran custodio. El momento actual también son tiempos muy recios, en los que la Iglesia también está en peligro, con un enemigo más difícil de identificar. Porque hoy no tenemos un Víctor Manuel II que está entrando en la Iglesia, o no tenemos a los bárbaros ahí a la puerta y conquistando, pero tenemos un enemigo más difícil de identificar y de acorralar. ¿Qué enemigo es ese? La secularización interna. Ese es el principal enemigo que tenemos hoy, que nosotros nos secularizamos, que fácilmente nos mundanizamos.

Decía un adagio latino: *Ecclesia semper reformanda*, la Iglesia siempre tiene que estar en reforma, pero en otro tiempo la tradición de la Iglesia entendió por reforma volver a los orígenes, volver al Evangelio en su pureza, a la mayor exigencia de oración, de penitencia, de sacrificio. Cuando Santa Teresa de Jesús dijo que quería reformar las Carmelitas, ¿qué es lo que hizo? Descalzarse y tener más pobreza y más penitencia. Pero hoy en día, ¿por reforma qué entendemos? Cuando la Iglesia tiene que

reformarse, ¿qué decimos? Más, exactamente lo contrario, es lo que decimos hoy día. La palabra reforma la hemos deformado absolutamente, y hoy en día por reforma, en vez de entender volver a los orígenes, a la mayor penitencia y oración y fidelidad, por reforma entendemos adaptarnos al espíritu del mundo. Hay que reformarse, es decir, hay que pensar lo que el mundo piensa. O sea, le hemos dado la vuelta al calcetín totalmente en lo que la palabra reforma significa, y lo hemos pervertido. Entonces, este es nuestro gran peligro hoy en día, que hemos pervertido la palabra reforma, le hemos dado la vuelta completamente a su significado, y eso es un gran peligro.

Y ante este gran reto que tenemos, como aconteció con Pío IX cuando veía que Víctor Manuel II acababa con los Estados pontificios..., la Iglesia puede vivir sin los Estados pontificios, y es muy interesante que la Iglesia tenga unas 40 hectáreas en los Estados vaticanos, que sea un pequeñito Estado, es interesante porque de alguna manera le da una cierta independencia, le da la posibilidad de tener una interlocución con los Estados, en las Naciones Unidas al ser un pequeño Estado. Pero si nos quitasen también los Estados del Vaticano, la Iglesia Católica iba a vivir también sin Estado Vaticano. Sin embargo, si nos quitan la fidelidad al Evangelio y a la doctrina de Jesucristo, y si nos hacen entender que la Iglesia tiene que acomodarse al pensamiento de este mundo, ahí sí que estamos acabados.

La razón por la que Pío IX, en aquella prueba tan fuerte que él vivió, que a él le parecía que se acababa la Iglesia, la razón que él tuvo para poner a San José como Patrono de la Iglesia la tenemos hoy muy renovada, después de 150 o 153 año, porque la prueba de la Iglesia ahora es muy fuerte y es la secularización interna. Tenemos nosotros que pedirle a San José que nos dé el don de fidelidad al mensaje de Jesucristo y recordar lo que dice Romanos 12:1: *"Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente".* Tenemos que estar siempre examinando nuestra fidelidad a la revelación de Jesucristo, cuidando mucho de que no estemos asumiendo los postulados de este mundo.

En este documento de Pío IX decía dos cosas muy interesantes. Daba dos argumentos teológicos de por qué San José es Patrono de la Iglesia. El primero decía que él estaba preanunciado por otro José, el hijo de Jacob. Dice: *"Del mismo modo que Dios constituyó al otro José, hijo del patriarca Jacob, gobernador de toda la tierra de Egipto para que asegurase al pueblo sustento, así al llegar la plenitud de los tiempos cuando iba a enviar a la tierra a su Unigénito para la salvación del mundo, designó a este otro José, del cual el primero era un símbolo, y le constituyó señor y príncipe de su casa y de su posesión, y lo eligió por custodio de sus tesoros más preciosos".* Se está refiriendo a ese pasaje impresionante de Génesis 41, 55-57, donde dice: *"Cuando llegó el hambre a Egipto y el pueblo reclamaba pan al faraón, este decía a los egipcios, id a José y haced lo que él os diga"*. Curioso ese versículo: *"Id a José, haced lo que él os diga"*. El hambre se extendió a toda la tierra y José abrió los graneros y repartió raciones a los egipcios, mientras arreciaba el hambre. De todos los países venían a Egipto a comprarle a José, porque el hambre arreciaba en toda la tierra. José, que había sido vendido por sus hermanos como esclavo, la Providencia quiso que finalmente fuese el ministro del faraón, gracias al cual los graneros de Egipto se abrieron a todo el mundo para que el mundo no muriese de hambre. Y entonces dice el Papa Pío IX: "Esa es la imagen de San José". Es decir, esa historia, uno dice: "¡Qué carambola, que sus hermanos le vendiesen como esclavo! y luego resulta que los madianitas lo vendieron, fue a Egipto, allí progresó, y fíjate tú qué carambola, que finalmente acabó siendo el ministro del faraón y fue él el que salvó a sus hermanos que lo habían vendido". En esa carambola nosotros teníamos que reconocer designio providencial de Dios.

Es lo que nos recuerda que Dios ha elegido a San José como <u>administrador de los bienes de Dios</u>. Dios es libérrimo para hacer las cosas como tiene que hacerlas, Dios ha

dicho: "Los bienes de gracia quiero que los administre éste, en concreto éste que está aquí". Me acuerdo del episodio de Naamán el sirio, el leproso, quien estuvo a punto de rechazar el milagro de la curación de su lepra porque despreciaba el camino demasiado simple que el profeta Eliseo le proponía, eso de "báñate siete veces en el Jordán". A ver, tú haz caso a José. Vete a José y haz caso de lo que él te diga. Y tenemos que decir: "Dios ha querido que él sea el administrador de sus bienes". Y entonces tenemos que decir: "San José nos sacará de ésta". Que estamos en un cruce de caminos complicado, San José nos sacará de ésta. Id a José, reconócele como elegido de Dios para administrar los bienes de gracia, reconócele así, y haz lo que él te diga. Es decir, tener un compromiso de fidelidad humilde, de no mundanizarnos, de vivir en permanente estado de conversión. Y esta es la clave.

Seguimos un poco adelante y dice Pío IX la segunda razón: porque tuvo por esposa a la Inmaculada Virgen María, de la cual, por obra del Espíritu Santo, nació nuestro Señor Jesucristo, tenido ante los hombres por hijo de José, al que estuvo sometido y al que tantos reyes y profetas anhelaron contemplar. Este José no solamente lo vio, sino que conversó con él, lo abrazó, lo besó con afecto paternal y con cuidado solícito alimentó al que el pueblo fiel comería como pan bajado del Cielo para la vida eterna.

Diciendo: "A ver, mira, la razón para ponerle a él como Patrono de la Iglesia es primero porque hay un tándem inseparable entre María y José". Con motivo del Año de San José que proclamó el Papa Francisco, dije: "Voy a tomar la decisión de no hablar nunca de María sin hablar también de José". Si son un tándem inseparable, quizás nosotros tenemos que reconocer que no los mostramos suficientemente unidos. Quizás hablamos de uno sin hablar al mismo tiempo de otro. En la imaginería también nos ha faltado la imagen de María y de José agarrados de la mano, unidos ellos, porque Dios los quiso así. Y creo que es bueno que los mostremos como un tándem inseparable y que subrayemos que, de alguna manera, esa gran intimidad que tuvo el Señor con él, hace que José tenga una entrada especial. No sé si en otros países hispanos también se utilizará esta expresión, pero se suele decir que una persona tiene una entrada muy grande con otra cuando tiene una intimidad grande. José tiene una entrada muy grande, diciendo: "Hombre, este te lo consigue todo porque está muy en el corazón del otro", o sea, tiene una intimidad con él que, si no te lo consigue éste, no te lo va a conseguir nadie. No, tiene una entrada muy buena. Pues eso es lo que tiene José con Jesús, claro, una entrada muy directa, tiene una entrada muy directa en el corazón de Jesús, porque como decía Pío IX en su decreto, porque él le besó, él le acunó, él le enseñó a hablar, él, claro, tiene una entrada con Él como solo María la tiene. Y estas son las grandes razones por las que la Iglesia invoca a San José como Patrono de la Iglesia Universal.

A esto, de forma complementaria, se añaden también algunas otras designaciones que hace la Iglesia y me voy a referir a tres más, aunque sea brevemente. Pío XII, ya mucho más recientemente, lo proclamó *Patrono de los trabajadores*. Esto es bueno recordarlo. El día 1 de mayo, especialmente, lo veneramos así y recordamos que San José es el que nos ayuda a que hagamos una transición de entender el trabajo como una maldición —porque así se recibe en el Génesis: “Comerás con el sudor de tu frente"—, a entenderlo como una vocación. Eso es redimir también el trabajo. Si el trabajo se ha redimido, quiere decir que uno pase de entenderlo, "¡Ay!, hoy es lunes, ¡madre mía!", como una maldición a entenderlo como una vocación. Porque el trabajo nos lleva mucho tiempo en nuestra vida. Es muy diferente hacer las cosas con vocación o sin ella. Es diferente que yo esté aquí hablando, como una vocación, como una gozada poder hacer esto a lo contrario. Es que te cambia la vida, "¿cuánto me queda para irme?”. Que Dios nos dé la gracia de vivir la vocación de nuestra vida, porque esa distinción que hacemos entre trabajo y vocación es una distinción mortal. Como aquel niño italiano que estaba en clase de religión y va y le pregunta al sacerdote: "Oye, ¿tú eres amigo de Jesús o trabajas para Él?". El niño, en su inocencia, hizo la pregunta sin

darse cuenta de lo que le estaba diciendo. Pero no existe esa diferenciación de hacer algo por vocación o por trabajo. San José ha convertido todo el trabajo en vocación. Pero eso supone dejarnos iluminar por él. Y esto supone que nuestra vocación es al servicio, al crecimiento, a la creatividad, y también existe, obviamente, una dimensión purificadora porque también el trabajo es costoso, muchas veces es sacrificado. Y el ofrecimiento sacrificial de lo que supone de penitencia el trabajo es también redentor para nosotros, se convierte en fuente de redención, ofrecido a Cristo.

Pero no solo eso, San José, además de ser Patrono de los trabajadores, que así lo proclamó Pío XII, San Juan Pablo II en su encíclica *Custodio del Redentor* de 1989, subraya la misión especialísima que tiene Jesucristo de custodiarnos en medio de los problemas. Hay personas a las que se les mira especialmente cuando hay problemas. Un niño lo tiene claro, si hay problemas, diciendo: "¿Dónde está papá?". También San Juan Pablo II en *Redemptoris Custos*, *Custodio del Redentor*, él subraya cómo San José tiene ese cometido. En medio de las situaciones problemáticas él es custodio.

Hay dos tipos de formas de presentarnos ante Dios. Una es la de quien vive agobiado: *"No puedo más, llevo demasiado peso, suspiro porque pase la prueba de mi vida"*. Y otra es otro estilo completamente distinto, en medio de esas pruebas, uno entiende y dice: *"Pues es un honor servir al Señor en medio de las dificultades, es un honor ofrecerme, entregarme a Dios en medio de los problemas".* Cuento una anécdota que me pasó hace ya unos añitos, era obispo de San Sebastián, estaba en la catedral y habíamos tenido una celebración de esas a las que le tenía yo un poco de respeto porque era un reto, y terminé la celebración, entré a la sacristía y me quité la capa y entonces suspiré y dije: "Bueno, una menos". Y una religiosa que estaba a mi lado me dijo: "Hombre, una más; una menos, no". Yo dije: "Madre mía, esta mujer ha venido del Cielo a mí para tirarme de la oreja, pero bien tirado", porque tenía toda la razón. Claro, yo había vivido ese momento un poco tenso, como un peso que me costaba afrontar, y al terminar había dicho: "Una menos". Y me dice: "Ya, pero cómo que una menos, una más". Y es verdad, nos va la vida en que vivamos las dificultades y los retos como una menos, así me la quito de encima, no, una más, "Dios me ha permitido afrontar otro lío más", pues estupendo, a por el siguiente. Es tan distinto eso, vivir como una menos a decir "una más, venga, a por la siguiente".

Creo que ese es el espíritu que San José nos quiere dar. Hay muchas maneras de afrontar los problemas. Esto es como los tenistas, que no es lo mismo que un tenista esté en la parte de atrás del campo devolviendo la pelota que casi está perdida, intenta devolverla, a que suba a la red hasta arriba y desde arriba gane el tanto. O sea, nosotros no tenemos que estar atrás devolviendo la pelota que casi no llego a ella y estoy agobiado, no, tú el partido lo tienes que ganar subiendo arriba, a la red y afrontando los problemas con confianza, sabiendo que no estás solo, diciendo: "Una más, una más, porque es que soy custodiado, porque no vivo, no afronto los problemas en soledad, Dios me protege, Dios me acompaña".

Y esto me da pie para hablar del último título de San José. ¿Y cuál es el último título de San José? Seguro que alguno ya se lo ha imaginado: Patrono de la buena muerte, un título clave. Dice el punto 1014 del Catecismo de la Iglesia Católica: *la Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte, de la muerte repentina e imprevista, líbranos señor. A pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros en la hora de nuestra muerte y a confiarnos a San José, patrono de la buena muerte*. Claro, es que es tan distinto esto.

La Iglesia pide: *"De la muerte repentina e imprevista, líbranos, Señor".* Es curioso esto, ¿hasta qué punto el mundo nos cambia la mentalidad? ¿Qué se entiende hoy por buena muerte? "Pero, ¡qué buena muerte ha tenido, se ha muerto sin darse cuenta de nada!, ¡madre mía!". Eso es exactamente lo que el mundo entiende por buena muerte: no se

ha enterado de nada. Pues nosotros en las letanías decimos: "De la muerte repentina e imprevista, líbranos, Señor". Fíjate tú hasta qué punto el mundo nos puede cambiar los valores. Por supuesto, que uno puede tener una muerte repentina e imprevista y siempre estar en manos de Dios, pero, en principio, lo que uno quiere es preparar su muerte y vivir su muerte mirándola y recibiéndola como San Francisco de Asís dice: "Y por la hermana muerte, loado mi señor, es mi hermana, la hermana muerte, loado mi señor". Y resulta que hoy en día se está recurriendo, de una manera ya absolutamente generalizada, a que la sedación sea la forma en la que todo el mundo fallezca. Pero claro, una cosa es que con alguien haya que recurrir a una sedación porque tiene una serie de dolores o unas reacciones en las que sea lo prudente que haya una sedación, pero otra cosa es que la sedación sea la forma en la que todo el mundo muera, ¿para qué? Pues para que no se dé cuenta de que tiene que morirse, para que no tenga que afrontar la angustia de ver que se muere. Oiga, pero es que yo quiero preparar mi muerte, es que yo quiero despedirme orando, yo quiero despedirme rezando, yo quiero decir mis últimas palabras como Jesús las dijo en la cruz: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu", yo quiero morir de esa manera. Entonces, fijaos hasta qué punto se invierten las cosas de nuestra sociedad.

Existe una costumbre en algunas congregaciones religiosas, por ejemplo en las Carmelitas descalzas, que cuando fallece una de ellas suelen escribir como una carta de cómo ha sido su vida y su muerte, y te cuentan: "Nos juntamos todas en la celda, estuvimos rezando, acompañándola hasta las dos de la madrugada, y ella repetía esta jaculatoria", y te impresiona eso, diciendo: "Mira, esto es cómo acompañan a una hermana suya para que sus últimas palabras y sus últimos sentimientos sean una entrega a Dios". Y nosotros hemos hecho de la muerte algo que no sabemos ni dónde esconderlo, es un tabú, que tenemos que esconder, y en el colmo de la desvergüenza la palabra buena muerte, sabéis que en griego es eutanasia, o sea, resulta que hemos dicho que la buena muerte es matar, que es la eutanasia. Ya es el colmo de la perversión de los conceptos.

Por eso San José en este momento tiene más actualidad que nunca, porque nos enseña a vivir y a morir. Aprender a amar, a custodiarnos, aprender a ser humilde, aprender a entregarnos, aprender a dar la vida, aprender a morir. El objetivo de nuestra vida es vivir y morir en gracia. "Concédeme San José vivir y morir en gracia". Lo importante es la voluntad de Dios, adecuar, en todo, mi voluntad a la de Dios y no pretender adecuar la voluntad de Dios a la mía. ¿Cuál es la voluntad de Dios? Pues que seamos santos, que nuestra felicidad sea vivir en gracia. Por eso, el punto 1014 del Catecismo tiene una cita de San Francisco de Asís, en el *Cántico de las criaturas*: "Y por la hermana muerte, loado mi señor. Ningún viviente escapa de su persecución, ¡ay! si en pecado grave sorprende al pecador, dichosos los que cumplen la voluntad de Dios".

Ahí nos quedamos con San José, porque creo que hemos explicado por qué le llamamos Patrono de la Iglesia Universal y podríamos decir que no se puede ser Patrono de toda la Iglesia sin ser también padre concreto de cada uno de nosotros, de nuestra vida espiritual, de nuestra vida de gracia. Ser padre de la vida de gracia de cada uno, custodiar nuestra alma para vivir en gracia de Dios. Yo me imagino a San José y a María teniendo como su cometido principal que vivamos en gracia de Dios, que nuestra alma sea templo del Espíritu Santo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.